



NUM. 17.

MADRID, 15 DE SETIEMBRE DE 1857.

AÑO I.

PHIDIAS.



lta, grande y justa ha sido la veneracion tenida á las artes por todos los pueblos y en todos los tiempos: tributáronse los griegos por amor, los romanos por orgullo: fue necesidad en aquellos lo que en estos capricho: los griegos las honraron, los romanos se honraron con ellas. Grecia fue la madre de las artes y su mas

hermosa hija la escultura. Las ciencias, las letras, las artes todas, menos ella, se han desarrollado han crecido y conquistado nuevos y mayores laureles, y en los siglos trascurridos desde los grandes tiempos de la Grecia hasta nuestros dias, han nacido poetas quizá mayores que Píndaro y Homero, Sofocles y Eurípides; pintores ante los cuales palidecieran Apeles y Parrhasio; pero ni la gloria de Cánova y Miguel Angel, sumada con la de todos los escultores que han florecido en Europa seria suficiente para eclipsar la alta, gigantesca, inmarcesible, imperecedera del autor de Júpiter Olímpico, ó de la Venus de Gnido. Ciertamente, muy cierto es que el cristianismo aceleró, impulsó, dió movimiento y vida al desarrollo del entendimiento humano, ofreciendo nuevo y fertilísimo campo á la poesia y á las artes, pero lo es tambien que la escultura no podia vivir, crecer y desarrollarse con tanta fuerza, lozanía y vigor, como en aquel campo en que ya con profundísimas y robustas raíces habia producido los

mas ópimos frutos que pudieran soñarse. La escultura murió al nacer el cristianismo y jamás podrá ser lo que fue, nunca conseguirá mayor perfeccion, porque ya jamás se inmolarán víctimas humanas á los pies de una estatua, porque ya jamás serán dedicados los mortales, porque ya jamás se consagrará una estatua por su perfeccion artistica, porque la escultura ya no tiene por principal móvil de su existencia la idea de religion. El cristianismo no rechaza á la escultura, no, pero ni ella puede remontarse con grande éxito hasta él, porque es demasiado árida y material, ni él puede descender hasta ella, porque nos enseñó la divinidad absoluta, porque aniquiló la idolatría. Si Phidias, Policleto y Praxiteles hubiesen modelado Cristos é Inmaculadas Vírgenes en vez de Venus, amazonas y Apolos, no habrían logrado interpretar aquellas estatuas con la sublimidad que en sus obras maestras lo consiguieron.

No cuenta la historia de las artes época tan gloriosa como la trascurrida desde el nacimiento de Phidias hasta la muerte de Praxiteles, período en que se encierra todo el engrandecimiento del arte griego. Cosa cierta es tambien que ninguna de ellas atesoró en este tiempo tanta gloria como la escultura, y que ninguna venció tantas y tan grandes dificultades para adquirirla. Llegó el arte por la mano de Phidias á su mayor fuerza y vigor en la Minerva del Parthenon y en el Júpiter Olímpico, y á su mayor encanto, dulzura y perfeccion por la mano de Praxiteles en la Venus de Gnido y en el Apolo Sauronotes. En los doscientos años que componen esta época comenzados á contar desde la Olimpiada LXX, dió Grecia al mundo los mayores artistas, los grandes maestros, los sagrados oráculos del arte, tanto mas sublimes y estimados, cuanto mayor es el tiempo que de ellos nos separa y cuanto mas se cotejan sus obras con las nuestras. Pero no es solo el arte quien marcha á pasos de gigante á su completa perfeccion; en esta época de oro, se forma y robustece la poesia, la tragedia, la historia, la elocuencia, la ciencia y la filosofia. Entonces fueron Píndaro, Anacreonte, Sofocles, Eurípides, Schilo, Herodoto, Platon, Sócrates, Aristóteles, Teofrasto é Hipócrates; entonces Zeuxis, Parrhasio y Apeles crearon la pintura y entonces Ageladas, Anaxagoras, Phidias, Alcámenes, Myron, Policleto, Scopas, Lysippo y Praxiteles, lograron disculpar en el terreno del arte la idolatría ciega de su pueblo por los falsos dioses de la mitología.

No se hallaba Grecia al aparecer Phidias, desprovista de notables estatuarios: dominaban la escuela ática y dedaliana y en ellas Glauco, Micon, Ageladas y Calamis

dejaron trabajos dignos de respeto, si bien reinaba en ellos la manera seca, árida y dura, principal defecto y distintivo de esta escuela. Pero de Glauco á Calamis, la sequedad va desapareciendo; la dureza se ve disminuir, y al aparecer las primeras obras de Phidias ambas escuelas huyen, todo se olvida, muere y abandona, su nueva escuela es proclamada, venerada y seguida con tan férvido entusiasmo, que da á la época el sobrenombre de *Reynado de los Imitadores*. En él y principalmente por Phidias, Policleto y Praxiteles, consigue la estatuaría, verdadera gracia y naturalidad en las actitudes, dulzura, suavidad y delicadeza en las carnes, bellas proporciones en el cuerpo humano, rígida pureza en las formas, y el mayor encanto, el mas espontáneo arrobamiento en sus espectadores. Llegó con ellos la regeneracion del arte, nada podia desearse que mas puro y mas perfecto fuese, por ellos pudo el arte lanzar su *non plus ultra* y terminar la conquista de su gloria.

Bajo la direccion de Geladas ó Ageladas maestro tambien de Myron y Policleto, adquiere Phidias natural de Atenas, los primeros rudimentos del arte, siendo desconocido para la historia desde el tercero ó cuarto año de la Olimpiada LXX (498 antes de J. C.) época de su nacimiento, hasta la aparicion de la Minerva *Areia* ó Minerva guerrera de los Plateos, estatua de tamaño colosal de piedra y madera, hecha para ser colocada en el templo que á esta diosa levantaron los Plateos en memoria de los triunfos de Salamina y de Platea, costeándola con el producto de los despojos de los persas.

De muchas obras de Phidias tenemos noticias verdaderas; pero el recuerdo que de ellas conservamos no es suficiente para poder citar el orden cronológico de todas. Opiniones respetables hacen seguir á la Minerva de los Plateos, la Minerva *Polliada* ó *Promachos* de Atenas, estatua colosal fundida en bronce de mas de cincuenta pies de altura, sin contar el pedestal, colocada entre los Propiles y el Parthenon, y de tan gigantesca talla que los navegantes divisaban las plumas de su casco desde el cabo de Sinium. Arqueólogos no menos eminentes la colocan entre las últimas obras de su vida, fundándose en que un siglo despues modeló Mys la Centauromachia del escudo y los bajo-relieves del pedestal, por los dibujos que espresamente se encargaron é hizo Parrhasio.

Podemos considerar como subsiguiente, la Minerva *Pellenos* colocada en el templo de que toma el nombre y la primera que Phidias esculpiera en oro y marfil, materias con las cuales desde muy antiguo honraban los griegos á sus mas afamados escultores y en las que tra-

bajó Phidias no cumplidos aun los cinco lustros, alcanzando alto renombre en su patria y siendo la envidia de todas las islas de la Grecia.

Trata Cimon en todo el apogeo de su gloria de eternizar la memoria de su padre por el triunfo conseguido con la victoria de Maraton, encarga á Phidias tan rica ofrenda y brotan de las manos del artista ateniense cual si el soplo de los Dioses las animara, las estatuas de Milciades, rodeado de diez héroes representando las diez tribus de Atenas, coronado por Apolo y Minerva. Presenta Phidias sus trece estatuas fundidas en bronce, que los atenienses consagran al templo de Delos, y sin embargo aun no ha firmado ninguna de sus obras, aun no ha creído merecer el justo renombre que acaba de conquistarse hasta modelar la Minerva *Lemnia*, estatua llena de gracia y dulzura, diosa titular de la Isla de Lemnos, y presente al firmarla que aquella había de ser la Minerva que mas apreciaran los griegos, de la que mas tarde dijera Lucano que *la preferia á todas las estatuas de diosa de este genio* y de la que Pausanias afirmase *ser de todas las Minervas, la mas digna de ella que conocia*.

Las estatuas de la madre de los Dioses, que siglos despues atesoraba su templo de Atenas, y una amazona que guardaba el de Delos, deben considerarse sino coetáneas, anteriores por lo menos á la ejecucion del Parthenon.

Llega á ser Pericles gobernador de Atenas, nombra á Phidias director de todos los trabajos artísticos que se hiciesen por orden del pueblo, y no bien acaban de instalarse estos dos genios en sus respectivos gobiernos, apenas se han unido Pericles, Phidias y Atenas brota de ellos la idea de erigir el coloso griego, de levantar el Parthenon. Atenas se entusiasma, Pericles se enorgullece y Phidias evoca todo su genio, llama á Yctinius y á Callicratas, los mas famosos arquitectos de su tiempo y dirigiéndose al pueblo, le consulta y aconseja haga la estatua de Minerva, diosa á la cual habia de consagrarse el templo, no en oro y marfil, materias costosísimas, sino sencillamente en mármol de Paros: óyele el pueblo é impelido por el desmedido orgullo artístico que le caracteriza, le interrumpe y esclama: *Calla Phidias, Atenas quiere para sus obras de arte, los mas ricos y magníficos materiales*.

La estatua de Palas ó Minerva del Parthenon tenia veinte y seis codos de altura, mas de treinta y seis piés de nuestra medida. Estaba de pié, cubierta con la égida, y vestida con túnica talar. Su casco terminaba por la parte superior en una esfinge, á los lados tenia dos grifos en bajo-relieve y sobre la visera un grupo de ocho caballos de frente marchando al galope. Con la mano derecha empuña la lanza y apoyaba la izquierda sobre una victoria de cinco piés de altura. La serpiente sagrada *Erichthonius* se arrastraba por el suelo alrededor de la lanza y el escudo que estaba apoyado sobre el lado izquierdo de la Diosa, representaba en bajo-relieves, por la cara exterior, la Gigantomachia y por el interior el combate de las amazonas con los atenienses. En el plinto se veian tambien el de los lepidas y el de los centauros, y en el pedestal los del nacimiento de Pandora con otros mil, prolijos de enumerar. La estatua de Palas lo mismo que la victoria eran de oro y marfil; de oro las ropas y atributos, de marfil las carnes, y los ojos de piedras preciosas. Los paños movibles de la Palas pesaban cuarenta y cuatro talentos de oro, mas de un millon de reales de nuestra moneda, sin embargo de no esceder su grueso de una línea.

Atenas, la avara, la envidiosa, la hidrópica de gloria, quiso para sí sola la que Phidias conquistara por la ejecucion de su Minerva, y por un decreto especial le prohibe firmarla; pero este mandato, tan ridiculo como inútil, es obedecido y burlado por Phidias al retratarse bajo la figura de un *viejo calvo* en actitud de arrojar una piedra, en uno de los muchos atenienses que componian el bajo-relieve de la cara exterior del escudo de la diosa. Un ateniense que no lejos de él se hallaba luchando con una amazona, era otro retrato, el de Pericles.

El Parthenon todo, fue hecho bajo la direccion de Phidias, él solo fue el alma de aquel templo, y ademas de la diosa tutelar, eran de sus manos muchas esculturas exteriores del templo; y todos los bajo-relieves que hoy se conservan, fueron cuando menos, modelados por sus dibujos.

Marchaba Phidias de uno en otro triunfo, sin que la mas ligera nube oscureciera el limpio horizonte de su gloriosa vida, y Atenas, el pueblo á quien acababa de enriquecer con la primera maravilla griega, el pueblo que le vió nacer, que le amaba, que pronunciaba su nombre con respeto, con admiracion, con orgullo, aguarda al mas dichoso y solemne momento de la vida de su adorado artista, para lanzar contra él una calumnia en pos de otra calumnia. Phidias, el escultor que consultara y aconsejara á Atenas sobre la ejecucion de su estatua, es acusado de ladron y sacrilego! Le imputan haber robado el oro que para la Minerva se le entregó, y le delatan por sacrilegio cometido al retratarse en el bajo-relieve del escudo de la diosa en la figura de un ateniense. Mas que indignado Phidias por la negra ingratitud de sus compatriotas, y antes hombre que artista, despreciando el arte por la honra, vuela á rechazar la primera, la principal calumnia, reúne al pueblo, le

exige mande derribar la estatua del pedestal que la sostiene, y arrancarla el oro que la viste para someter su peso á la fidelidad de una balanza. Atenas, mas artista que criminal, por no demoler su estatua, absuelve á Phidias de la impostura que ella misma le levantara. Libre de la primera, es perseguido con mayor encono por la segunda, y á salvo ya su honra, despreciando esta paradógica calumnia, pero temiendo sus fatales consecuencias, huye de Atenas y se refugia en la isla de Elis.

Las desgracias le impiden continuar la estatua colosal de Júpiter, que tambien de oro y marfil habia de colocarse en el templo que á la sazón la levantaban en Megara. Hallábase completamente terminada ya en barro la cabeza de esta estatua, cuando Pericles publicó un decreto, por el cual prohibia á los megarianos la entrada en Atenas y sus ciudades aliadas, y por este hecho, primer eslabon de la cadena que con otros muchos formó, hijos todos de la animosidad que Atenas abrigaba contra Phidias, resultó la union de esta y Coreyres, contra los corintios, que ocasiona la lucha courinthiaca, y arrastró á los griegos hasta la horrible guerra del Peloponeso. Rota la armonía entre estas provincias griegas, la obra de Phidias se suspendió, y solo fue terminada en barro y yeso, por un escultor conocido con el nombre de Theocosmos.

Por entonces, émulos los helenos de los atenienses, levantaban á Júpiter un templo en competencia con el Parthenon. Encargaron á Phidias la gran estatua del dios, y el Júpiter de Olimpia fue el asombro de toda la Grecia. La inmensa riqueza de su ornamentacion, su sublimidad y sencillez, el profundo conocimiento con que fue concebida, la gran maestría de su desempeño, y lo elevado é ideal de su expresion, hicieron con sobrada justicia que esta estatua fuese tenida por una de las maravillas del mundo. La principal idea de este dios omnipotente y todopoderoso, con su vida de victorias y estravios fue tan completa é inmejorablemente interpretada por Phidias, que los griegos creian ver en su estatua al mismo Júpiter. La cabeza del dios era la grande obra maestra, la que mas admiraron los griegos. El mismo Phidias manifestó á su hermano Panaenus, que habia querido representar al Júpiter que describe el grande Homero en los siguientes versos de la Iliada: «Dijo y frunciendo las cejas en señal de aprobacion, la sagrada cabellera del dios rey, onduló sobre su inmortal cabeza, y el inmenso Olimpo tembló.» 528—530.

Este Júpiter y la Venus de Praxiteles, fueron las dos grandes obras que produjo la escultura griega, las que mas escitaron la admiracion del mundo. Imposible de todo punto es describir la impresion que producía esta estatua en las almas de los griegos; verla era la felicidad; no haber gozado esta dicha antes de la muerte, era tan inmensa desgracia como perecer sin estar iniciado en los misterios; un terror súbito, colosal, profundo, quedaba grabado en el alma, aun despues de haber contemplado la magestuosa imágen. El Júpiter estaba sentado, y en esta postura tenia sobre cuarenta piés de elevacion, llenando una base de doce; tamaño y posicion que le hacian aparecer mas colosal de lo que realmente era. De oro y marfil era tambien esta estatua; con la mano izquierda sostenia una victoria de las mismas materias, y en la derecha empuñaba el cetro coronado por un águila, formado de la reunion de todos los metales que conocian. El manto, todo de oro, estaba enriquecido con soberbios bajo-relieves esmaltados, ó grabados, representando animales, y principalmente flores de lis. El trono, no menos rico y maravilloso que la estatua, era de madera de cedro, con ricas pinturas, lleno de bajo-relieves de oro y marfil, y todo él salpicado de piedras preciosas. En esta obra los helenos lograron eclipsar á los atenienses, tanto en la ejecucion de la parte artística, como en la riqueza de la ornamentacion. Solo algunos de los rizos de la cabellera del dios pesaban cerca de veinticinco mil reales.

La única Venus que tenemos noticia haya modelado Phidias, fue la Venus Urania, que hizo y colocó en la ciudad de Elis, esculpida tambien en oro y en marfil. De las demás obras que corren como hijas de Phidias, podemos citar una Minerva Ergané ú obrera, de oro y marfil, consagrada en Elis; un Mercurio *Pranaos*, de mármol colocado con una Minerva, en una de las puertas de Thebas, y un Apolo *Parnopius*, de bronce que se veia cerca del Parthenon. Se atribuye á Phidias, por una inscripcion que se ha conservado hasta nuestros dias, uno de los caballos colocados delante del palacio de Montecaballo, en Roma.

Llegó para fin de tantas glorias el primer año de la Olimpiada LXXXVII, y en él, —430 años de J. C.— muere Phidias en Elis, dejando á su patria tres discípulos dignos de su alto nombre, y fieles y aventajados secuaces de su divino estilo. Alcámenes y Agoracritas, jóvenes atenienses, modelaron separadamente bajo la direccion de tan sublime maestro, dos estatuas de la Venus Urania, mas conocida con el nombre de la Venus de los jardines. El tribunal nombrado para elegir una de las dos obras, dió la preferencia á la de Alcámenes, y esta estatua ha sido por muchos atribuida del mismo Phidias. Para consuelo del vencido Agoracritas, consiguió el maestro, que haciendo mudar el peinado y algunos atributos á la Venus, la convirtiese en una Némesis admirable. Compráronla los habitantes de Rhamno y la colocaron cerca de Maraton, sobre un riquísimo pedestal

cuyos bajo-relieves modeló I hidias, como prueba del cariño que á su discípulo profesaba.

Estos bajo-relieves representaban por la cara principal, á Helena conduciendo á Némesis su madre y Leda su nodriza, y por la parte posterior, á Tyndaro, sus hijos Agamenon, Menelao, Pyrrro, y otros héroes que contribuyeron á la destruccion de Troya. De no menor mérito que los anteriores fue Collotes, que ayudó á su maestro en la ejecucion del Júpiter Olímpico, y mas tarde, probó ser muy digno discípulo de Phidias con sus estatuas de Minerva, Baco y Esculapio.

En los sesenta y cinco ó sesenta y siete años que duró su gloriosa vida, Phidias no halló rival que hiciese oscurecer sus obras maestras; sin embargo, los antiguos, posteriores á él, han solido compararle con Polyclito, y setenta años despues de la muerte de este último en la Olimpiada CXI, —335 años antes de J. C.— con motivo de la restauracion del incendiado templo de Epheso, y queriendo colocar en él cinco estatuas de amazonas, el tribunal de artistas nombrado para elegir, dió la preferencia destinándola al primer lugar, á la amazona de Polyclito y subsiguientemente despues á las de Phidias, Ectesilas, Phradmon y Cydon. La de Phidias se cree generalmente ser la que se ve en el museo Vaticano apoyada sobre una lanza, y preparándose para saltar. Mas á pesar de todo, los latinos siempre colocaron á Phidias delante de Polyclito, sin negarle por esto á este último la inmensa influencia que ejerciera en el desarrollo y progreso del arte.

Este, sin embargo, no puede menos de reconocer á Phidias como su primero y mas grande conquistador. Se quiere por algunos sabios arqueólogos, encontrar obras mas bellas que las suyas en los grandes artistas que le siguieron, pero debe tenerse siempre muy presente, que, aun cuando fueran estas dignas de compararse con aquellas, las épocas no fueron las mismas, que todos los grandes escultores griegos datan del tiempo de Phidias, y que todos ellos marcharon por el seguro camino que el talento de aquel les abriera. El comenzó á libertar el arte de la fuerte cadena que le oprimia, él fue quien dió á la estatuaria naturalidad, fuerza y ligereza en las posiciones, blandura y verdad en el desnudo, delicadeza y suavidad en los pliegues, nobleza y gracia en el conjunto. Todo se encontraba en sus estatuas, ellas encerraban el cánón del arte, y solo no pudieron estudiar en ellas los escultores griegos, la expresion de agudos dolores y de arrebatadas pasiones. ¿Seria quizá que la dulzura y nobleza de su carácter no le animase á emprender obras de tal naturaleza?

Como todos los pueblos grandes y de pasiones violentas, Atenas conoció el error, la ingratitud, el insulto que la separó de Phidias; pero Elis, la ciudad que de aquella le amparara, la que la venció y humilló tanto durante la vida como despues de la muerte de su escultor, instituyó los jóvenes sacerdotes de Júpiter, vinculando estos sagrados cargos en la familia del grande artista, y dándoles el nombre de *Phaidrontes*. ¡Alta y tan honrosa como merecida recompensa! Phidias fue el autor de aquellas estatua, sus manos modelaron tan riquísimo tesoro, y Elis quiso que sus mismas manos labraran al labrarla, el sustento y porvenir de su descendencia. Rasgos de respeto y amor al arte de tal naturaleza, solo el pueblo griego los atesora. Justo fue el destino para con Phidias despues de su muerte; á los seiscientos años de consagrado el templo de Júpiter, en vida de Pausanias, existia la descendencia de Phidias en los Phaidrontes, y se veian amorosamente conservados su casa y su estudio.

Para nosotros, en nuestra triste edad en que la escultura es casi un cadáver, sin esperanza de restituírle su espirante vida, sin presente, sin porvenir, sin amparo, los nombres de Phidias y Praxiteles, son un delirio, una hada encantada y misteriosa que soñamos, que concebimos, que comprendemos, pero que nos es imposible describir. Sin proteccion las artes, sin amorhacia ellas, sin dignos representantes, sin entusiasmo, sin afición, sin deseos de penetrar en sus arcanos, las artes serán siempre en nuestro país objeto de mero lujo y sola distraccion, y los trabajos que sobre ellas se hagan tan áridos y deslabazados como el presente.

CRUZADA VILLAAMIL.

LA GOMA ELÁSTICA.

Todavía recuerdan muchas personas los tiempos en que no se conocia la goma elástica sino en forma de unos trozos negros y flexibles, mas ó menos feos, que servian tan solo para borrar las marcas del lápiz. Y sin embargo, al presente ¡cuán estenso lugar no ocupa en las artes! Instrumentos para aliviar los dolores ó para producirlos; juguetes para los niños; asientos para mitigar el efecto del movimiento impetuoso de los carruajes; colchones de los mas blandos; vestidos de los mas impermeables; tubos de los mas flexibles; válvulas que se aproximan lo mas posible á las mas delicadas y esquisitas que la naturaleza destinó para las funciones de la vida; bombas y máquinas de vapor, todo se hace ahora de goma elástica, producto que sirve actualmente para todos, ó casi todos los actos de la vida. Se usa en

las imprentas, en las comunicaciones telegráficas; es indispensable en los caminos de hierro; preserva al viajero de las influencias de la atmósfera; facilita al buzo el medio de atravesar el seno del Océano; es elemento esencial en los globos aerostáticos; se estira y se contrae como nuestra piel, y es una parte necesaria de los trajes mas usuales, cómodos y graciosos. Sin ella la civilización pudiera haberse detenido, y su descubrimiento y el de sus muchos usos puede equipararse con el del oro y de los suyos.

La goma elástica, según parece, fue traída de América á Europa á principios del siglo XVIII. Era una gran curiosidad, y tan luego como fue conocida, atrajo la atención de los naturalistas. Estos la sumergieron en toda especie de disolventes; probaron su influencia sobre los sonidos; encontraron en ella la confirmación de la célebre teoría del calor latente; investigaron sus elementos según las doctrinas que entonces se profesaban; pero no hicieron nada con ella. Por espacio de mas de ciento veinte años la tuvieron en sus manos y en sus laboratorios, la declararon una sustancia maravillosa que podía emplearse para toda especie de usos; pero no pasaron mas allá del hecho de averiguar que cociéndola en agua sus bordes se reblandecían, y que unidos entonces varios trozos de estas sustancias, se formaba un todo tan homogéneo y completo, como se forma media azumbre de líquido reuniendo en un mismo vaso dos cuartillos. Esta observación condujo solamente á la formación de tubos flexibles, y de unos cuantos instrumentos quirúrgicos.

Poco antes del año 1820, M. Tomás Hancock, individuo después de la casa Macintosh y compañía, ocupado en trabajos de mecánica, empezó sin saber cómo, á tomar un grande interés en todo lo referente á la goma elástica. Estrañó desde luego (pero no se sabe por qué lo estrañó mas que los naturalistas que habían investigado el asunto) que tan curiosa sustancia apenas se usaba mas que para borrar las marcas del lápiz; su estraneza excitó su actividad; no tenía conocimientos químicos y buscando un disolvente para la goma elástica, no encontró ninguno. Entonces, adoptando un medio mas sencillo, cortó la goma en tiras estrechas, las cubrió con un cuero delgado y algodón, y de aquí salieron los ajustadores para guantes, las pulseras, etc. Esta fue la primera aplicación nueva de la goma elástica en 1820.

M. Hancock siguió sus experimentos; tenía que abrirse un camino en el mundo, y siempre estaba trabajando sobre la goma elástica, dirigiendo á este objeto toda la fuerza de su inteligencia. Cortó la goma en pedazos pequeños; inventó máquinas para serrarla, para unir la en una masa compacta, la hizo cocer en calderas preparadas, la amasó, le dió forma sólida, la estendió en pliegos casi tan delgados como los tejidos mas finos del cuerpo animal, y encontró al fin un disolvente para ella, el aceite de trementina, que al principio había sido ensayado con frecuencia, pero que solo bajo la forma mecánica que M. Hancock le dió, produjo el deseado efecto.

Otras personas encontraron nuevos disolventes, y desde entonces las aplicaciones de esta curiosa sustancia se sucedieron en gran número y sin interrupción, lo mismo en Inglaterra que en otros países, y especialmente en América. Ahora los diversos usos á que la goma elástica se aplica como sucede con el trapo cuando se convierte en papel, son tan numerosos y variados como las estrellas.

M. Hancock ha sido verdaderamente llamado padre de este importante y maravilloso ramo de las artes; pero además del padre, ha tenido muchas nodrizas. En 1823 M. Macintosh empleó la pasta obtenida del alquitran para disolver la goma, haciendo de este modo un barniz impermeable, y después inventó el uso de las ropas y telas que llevan su nombre, y que ahora se aplican á muchos objetos. El mismo M. Hancock sacó quince á diez y seis privilegios, por diversos adelantos introducidos en la manufactura de este artículo, pero por el espacio de muchos años trabajó con tanto secreto como éxito en el primer gran procedimiento que se puso en práctica para desmenuzar la goma.

Hasta 1843 no se hizo en la testura y cualidades de esta sustancia el grande adelanto llamado vulcanización, el cual ha estendido sus aplicaciones de un modo prodigioso. En 1842 M. Hancock tuvo ocasión de ver unos pedazos de goma que un agente americano decía que no se endurecían con el frío, y que apenas se reblandecían con un disolvente, fuese el calor ó el aceite. Dar á la goma la propiedad de conservarse flexible en todas las circunstancias de frío ó de calor, y cualesquiera que fuesen los agentes que obraran sobre ella, era lo que mas podía desearse. M. Hancock se puso de nuevo á la obra, y como los pedazos de goma que le habían enseñado tuviesen cierto olor á azufre, hizo toda especie de experimentos en este sentido, y al fin logró averiguar que la deseada alteración se efectuaba esponiéndola á la acción del azufre á una alta temperatura. «Si yo hubiese sabido, dice, el modo sencillo con que podía obtenerse este resultado, no me habría maravillado el descubrimiento. ¿Qué sabios somos después que la naturaleza ó la casualidad nos ha instruido!»

Preparada la goma con el azufre, mantiene su perfecta elasticidad en toda clase de temperaturas, y vol-

canizada bajo la presión, constituye una materia sólida y consistente, que puede tomar todas las formas, puede formar latas y tornillos; se han hecho de ella flautas que producen sonidos dulces y delicados, y se pulimentan de manera que parecen ébano; se hacen tambien bastones, marcos de cuadros y delicadas sillas de montar de todas especies; se convierte en látigos, duros como la madera por el mango, y flexibles como el cuero mas fino por la punta. Tiene además otras propiedades notabilísimas: si pasa una bala al través de ella, se cierra tan completamente el agujero, que personas que han hecho el experimento no han querido creerlo hasta haber visto la bala penetrar en objetos colocados detrás de la goma. En una ocasión se puso una pieza de goma de dos pulgadas de espesor, y un pié cuadrado de superficie sobre un yunque, y encima una bala de seis pulgadas. El martillo movido por el vapor cayó entonces con tremenda fuerza haciendo pedazos la bala; pero la goma sobre que estaba se conservó tan elástica y sin mella, como antes de haberla colocado sobre el yunque. Hubo mas, algunos pedazos de la bala quedaron aplastados ligeramente, pero la goma conservó ó recobró inmediatamente su forma y condición original.

Tales son las propiedades extraordinarias que da el azufre á la goma elástica; y los hechos parecen indicar en los cuerpos la existencia de propiedades inherentes que ni vemos ni sentimos, ni la química hasta ahora ha podido descubrir. Como el análisis químico hecho de la goma así preparada demuestra que no se ha combinado con ella cantidad alguna de azufre, el profesor Brande supone que las cualidades que recibe son consecuencia de alguna nueva disposición de sus partes, disposición que el ilustrado profesor llama un estado allotrópico. Estas palabras, mas bien parecen usadas para ocultar la ignorancia propia, que para disipar la de los demás. La experiencia demuestra que todavía tenemos mucho que aprender sobre todas las cosas, aun las mas comunes, que nos rodean. De este modo la curiosidad prosigue activamente la investigación del alma, si nos es lícito usar esta frase, que vive en el mundo material, y que el estudioso naturalista espera descubrir á cada momento.

¡Cuán curioso, cuán admirable es ver el jugo lechoso que exhalan los árboles de las orillas del río de las Amazonas, ó ciertos arbustos en los bosques de la India, transformado por la industria del hombre en objetos tan inmensamente diversos, tan útiles y tan interesantes! Pero es todavía mas curioso y mas admirable observar que este jugo lechoso, con los muchos usos á que se aplica, forma una parte necesaria del progreso de la civilización. Voltaire observaba sarcásticamente que la Providencia había afligido á los europeos con la fiebre y puesto el remedio allá en el Perú: una filosofía un poco mas elevada le habría enseñado por este solo hecho á admirar y reverenciar una disposición, que según demuestra el ejemplo de la goma elástica y otros muchos, tiende á enlazar todas las partes de la tierra, y á unir á toda la raza humana en una grande y gloriosa familia.

Cuando M. Hancock enseñó el primer objeto de su goma sólida á un anciano caballero, este exclamó: «aun no ha nacido el niño que ha de ver el fin de esto:» desde entonces el comercio y manufacturas de goma elástica han prosperado en Inglaterra y en todos los países del mundo civilizado. En menos de cuarenta años, un arte nuevo ha salido de las botellas de goma elástica, arte que cada día va aumentando sus aplicaciones; no es la única que ha nacido en este tiempo, y que ha llegado á una sorprendente perfección. Además, todas estas artes nuevas, las manufacturas de goma, la fotografía, los caminos de hierro, los telégrafos, etc., son ya comunes á todo el mundo civilizado; se practican en la Australia, habitada hace pocos años tan solo por el Kanguro, y en América poblada de tribus salvajes en tiempo de nuestros padres; y todo indica una rapidez de progreso social hasta ahora desconocida y sin ejemplo.

N. F. CUESTA.

LA FABRICA DE TRUBIA.

Muchas razones tenemos los españoles para contristarnos ante la consideración de nuestro estado administrativo, ante el estudio de nuestra civilización: muchos motivos han influido tambien para que durante medio siglo de agitaciones y luchas, perdiéramos el paso de las naciones importantes, dejándonos adelantar por tantos y tantos países; pero la causa primera de nuestro atraso al mismo tiempo que el mejor consuelo de nuestra situación social, es en mi entender, el variado, el encantador, el inestimable suelo de España. No bastando ya para ser poderosos y ricos aquel valor que hicieron proverbial nuestros abuelos, hemos prescindido nosotros de buscar otros medios contentándonos con admirar y cultivar de modo mas natural y casi mas primitivo las maravillas naturales no ya esparcidas, sino aglomeradas, hacinadas desde Cádiz hasta el Pirineo. Y cuenta que al obrar así no hemos carecido de distintos impulsos, no ha dejado de haber entre nosotros genios seña-

lados que contrarios á la morosidad general trabajaron con fe incontrastable por introducir en algunas provincias las mejoras de cultivo, los adelantos industriales que mas las convenían; pero recibidos fríamente por gobiernos que con causas distintas y mas ó menos respetables, han sido igualmente estériles; rechazados además por un espíritu público enemigo, de innovaciones y mas enemigo de ideas cuyo examen exigiera trabajo, aquellos privilegiados talentos morían ordinariamente sin lograr su objeto.

Hay sin embargo entre nuestras provincias una escepcion considerable; la que por sus progresos fabriles merece la industriosa Cataluña: y existen tambien aquí y allá fábricas y establecimientos rurales inmensamente superiores al estado general del país que cautivarían el ánimo en todas partes, pero que agradan mucho mas colocados como suelen estarlo entre las delicias y contrastes de una naturaleza prodigiosa.

Una de las regiones donde se hallan tres ó cuatro veces esos emblemas de la inteligencia del hombre reposando en el fondo de un valle como un nido de ruiseñores ó dominando la cresta de una colina como si quisieran acercarse á Dios el mejor pensamiento de su mejor criatura, es la provincia de Asturias, Suiza de nuestra España, cuyos paisajes nada envidian á los mas ponderados de la Helvecia, cuyas montañas, cuyos torrentes, vegas y precipicios, encierran todas las bellezas imaginables y son á las montañas de Europa lo que los llanos de Castilla y de la Mancha á cuantos otros llanos se conocen, lo que los jardines de Granada y de Valencia á los demás jardines de la tierra; es decir el mas perfecto ejemplar de la obra. Y una de esas fábricas importantes, ó por hablar mejor, la mas importante de todas es la fábrica de Trubia. Situada al pié de una montaña, á la orilla de un río estrecho pero indómito y veloz, la fábrica de Trubia es hoy todo un pueblo formado de establecimientos utilísimos que la inmejorable posición topográfica ha ido agrupando poco á poco cerca del primero. Hace ya mas de sesenta años que un hombre inspirado por el simpático talento del patriotismo, propuso al gobierno la creación de una fábrica que al abrigo de invasiones extranjeras surtiera de cañones á la marina española, como Sevilla proveía de ellos á nuestra artillería de tierra. Nació entonces, pero solo en bosquejo, el edificio que rodeado hoy de muchos otros ofrecemos á la vista de nuestros lectores. Mas circunstancias posteriores tan varias como la historia de los primeros treinta años de este siglo, trajeron el abandono casi total de la fundación del sor Casado. Solo hacia 1844 un nuevo impulso mas vehemente y feliz que los anteriores inauguró para Trubia una época de bonanza que la ha llevado á ser uno de los mejores establecimientos que en su género cuenta la Europa de nuestros días.

Trubia tenía como ya hemos dicho por objeto principal la fundición de cañones de hierro para los buques, arsenales y plazas marítimas de la nación. Una dirección inteligente encontró en aquel punto mil elementos preciosos que sin apartarse de su objeto primordial podía aprovechar en la fabricación al mismo tiempo que estendía esta. Verificáronse pues muchas plantaciones, profundizáronse los trabajos mineros, construyéronse puentes sobre el Trubia; utilizáronse los hornos desahuciados y en 1849 tuvo lugar la prueba de los cañones fundidos en aquella fábrica dando por resultado la seguridad de que podían competir con los mejores del extranjero. Algun tiempo después se generalizó la fabricación construyéndose en Trubia no solo los cañones necesarios para la marina y las municiones férreas de ambas artillerías, sino todos los utensilios de hierro que se necesitan para el servicio de aquella arma. Hoy, trasladada al mismo punto la fábrica de fusiles que antes existía en Oviedo, se construyen tambien en Trubia todas las armas de infantería, desde los fusiles ordinarios hasta los revólvers últimamente inventados.

Trubia es por consiguiente una de las primeras notabilidades fabriles de España, tanto á causa de los importantes objetos que en ella se funden y trabajan, cuanto por la escala en que la fabricación se verifica: así por los ricos criaderos de hierro y carbon que causaron principalmente la fundación de la fábrica como por el desarrollo creciente de los trabajos mineros que comienzan cerca de la batería en el sitio que bajo el nombre de boca mina presentamos hoy á nuestros suscritores.

Mas de quinientos obreros se guarecen en la población creada por la fábrica y que si no cuenta con anchas calles, tiene á lo menos una verdadera plaza, presentando además delante del hondo cauce por donde se precipita el Trubia, la fachada considerable que constituye el primer término de nuestra vista.

Hay siempre en la fábrica algunos oficiales de marina, varios otros de artillería del ejército, y muchos operarios extranjeros. El Estado se encarga por otra parte, de sostener fuera de España, dos ó tres gefes de artillería, comisionados para traer cada año las reformas, los adelantos hechos por los alemanes ingleses ó franceses, en la fundición y fabricación, á la fábrica española pintorescamente situada en el estrecho valle de Trubia.

Y queda el alma sorprendida agradablemente al descubrir desde la montaña inmediata aquellos edificios, cuyos alrededores se han cubierto de caminos, árboles, y baterías de prueba, entre las cuales hormiguea una po-

blacion laboriosa, mezclando las conquistas del talento á la calma fecunda de la naturaleza.

Y siente despues mayor satisfaccion, el que penetrando por corredores y talleres claros y ordenados, examina ruedas hidráulicas, hornos, caídas de agua, todo preparado por inteligencias españolas, todo productivo, todo á la altura de la mas elevada civilizacion.

Y experimenta por fin pena profunda, el que despues de examinar aquel establecimiento digno de las primeras naciones, se aleja por las montañas de Asturias pensando que tan vasta coleccion de trabajos intelectuales y materiales está consagrada á la reposicion de las máquinas empleadas por los hombres en conservar ó acrecer su importancia matándose los unos á los otros; porque segun parece, todavía se necesita eso en la reunion de seres intelectuales y sensibles que se formó bajo el nombre de sociedad para el mutuo sosten y cariño.

PIO GULLON.

ITINERARIO DE JUAN DE HESSE PRESBITERO DE LA DIÓCESIS DE UTRECHT (1) DESDE JERUSALEN Á DIVERSAS PARTES DEL MUNDO. (EDICION GÓTICA DEL SIGLO XV.)

La creencia en el Preste Juan de las Indias, fantástico rey y pontífice supremo señor del Universo, fue admitida por varios siglos, desde que un obispo, armenio al parecer, difundió en Europa su primera nocion en 1145. Historiadores poco escrupulosos han sentado como cosa positiva que á mediados del siglo XII un cierto *Joannes presbyter* gefe ó prelado nestoriano, fundó en Tartaria un dilatadísimo imperio; el caso es que todos los

(1) *Trajectensis*, Utrecht en Holanda, *Trajectum* ó *Utrajectum*.



PHILIAS.

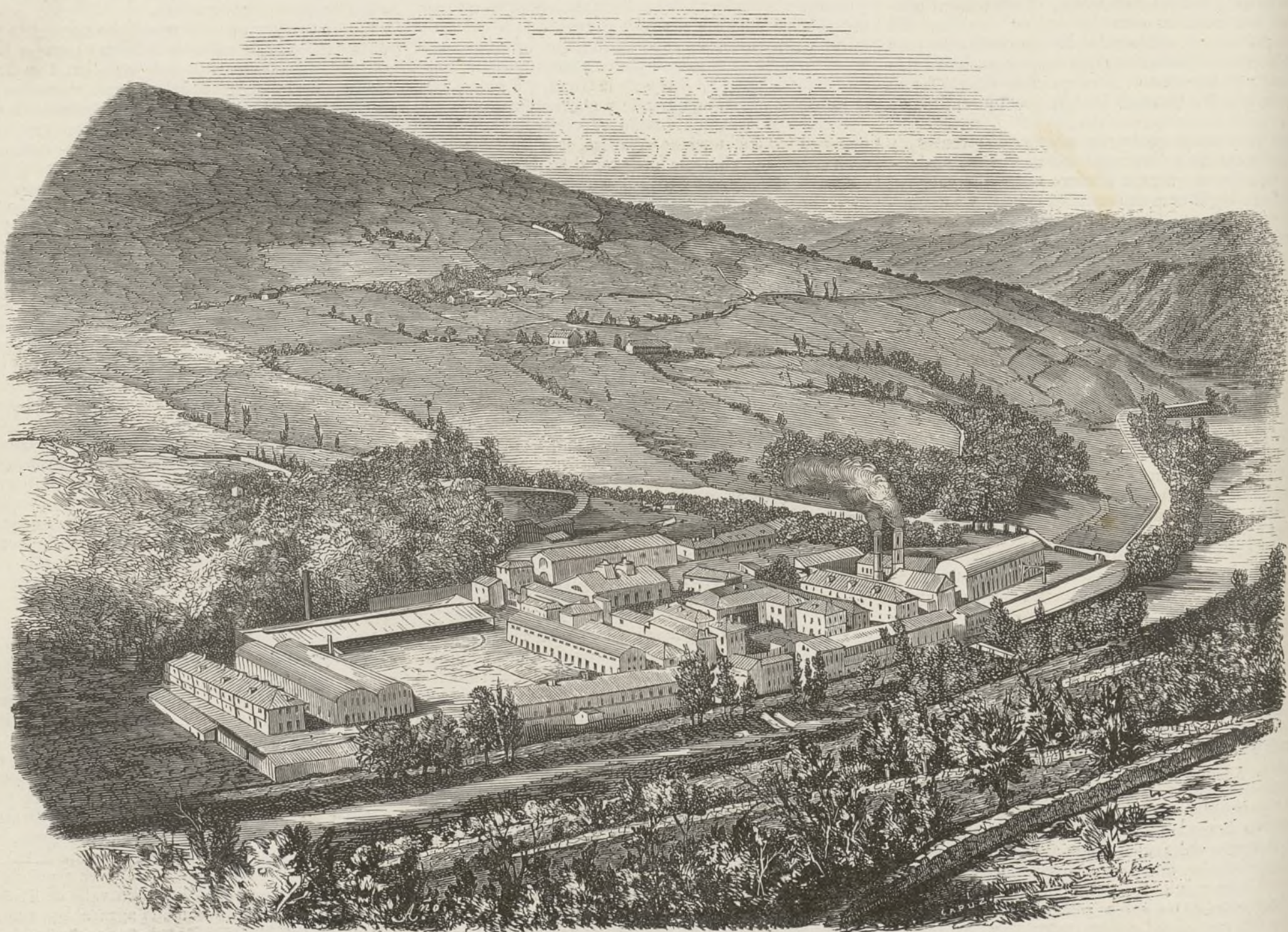
viajeros á contar del siglo XIII en adelante, desde Mateo Paris hasta Marco Polo, han fijado seriamente su atencion en este personaje, marcándole por rey de la India ó de la Abisinia y demás *paises desconocidos*; recargando á

porfia la pintura de su riqueza y poderío con colores tan subidos como propios para exaltar la imaginacion de los juglares y legendarios de la época, y arrebatarse la fantasia del pobre pueblo, que en medio de su real miseria tenia el filosófico recurso de alimentarse de ilusiones.

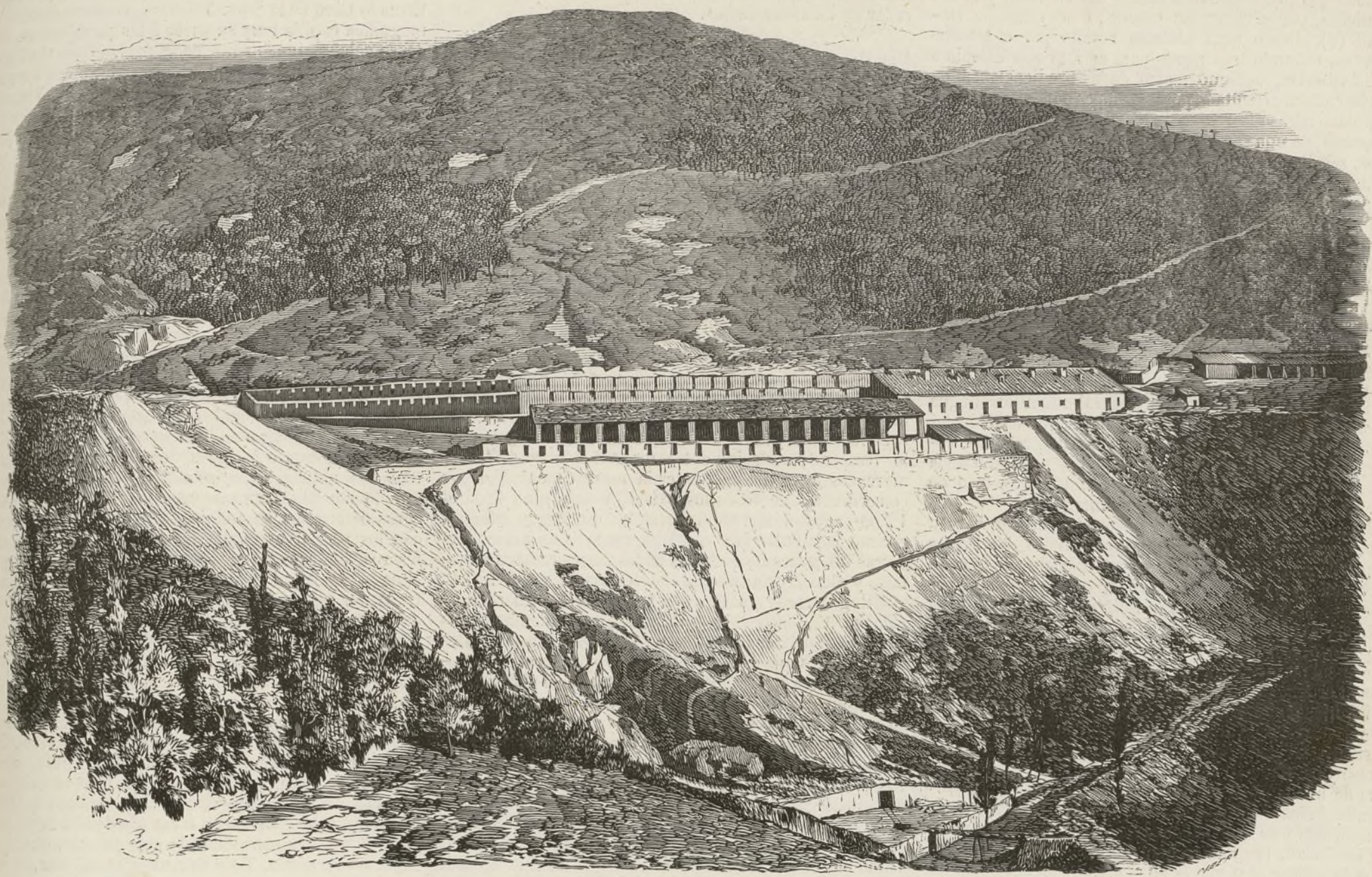
Mas de una vez ese supuesto papa inmortal del Oriente trajo desvelados á los papas y soberanos de Occidente, como si el cisma debiera surgir de muy luengas tierras; y quizá siguiendo esta idea algun secreto partidario de la reforma, tuvo la humorada de forjar el relato exageradamente fantástico que á continuacion presentamos, como una curiosidad verdadera, aunque oliendo á pura fábula á tiro de ballesta; y aun se nos antoja con cierto husmillo de herejía que acreditaria la verdad de nuestra conjetura. Ello es que por Francia circuló mucho en 1507 una supuesta carta del Preste Juan dirigida al papa (emperador de Roma) Julio II, y al rey cristianísimo Luis XII, donde formalmente se invitaba á estas magestades á trasladarse á aquel pais beatísimo verdadera tierra de Jauja por sus primores y escelencias. Nada tendria de extraño que el tal documento fuese un trasunto ó imitacion del viaje que reproducimos de ese Juan de Hesse *soldisant* presbítero trajectense, peregrino tan afectadamente devoto como crédulo y que á tomarse seriamente sus asertos podrian ser calificados del mas descarado y embolista viajero que ha habido desde que viajeros mienten, y en verdad que es larga la fecha. Tal como sea, creemos de alguna utilidad la reproduccion de un opúsculo tan raro como original.

PRIMERAS ESCRUCIONES.—LLEGADA Á LA INDIA.

En el año del Señor 1489, yo Juan de Hesse, presbítero de la diócesis de Utrecht, fui á Jerusalem por may



VISTA DE LA FABRICA DE TRUBIA.



VISTA DE LA BOCA MINA Y BATERIA DE PRUEBA DE LA FABRICA DE TRUBIA.

visitando en peregrinacion los Santos Lugares; y habiendo enderezado mi camino hacia el Jordan y el mar Rojo, llegué á la ciudad de Hermópolis, (2) titulada capital del Egipto, donde la Virgen benditísima moró siete años con Jesucristo Nuestro Señor. En el mar Rojo ví unos peces que volaban cual saetas disparadas, bermejos, largos de hasta dos piés con cabeza de gato y pico de aguililla, de cuyos peces, yo Juan de Hesse, doy fe de haber comido; y como eran grandes, hacíanse duros de cocer. También ví entre inauditas alimañas, unas serpientes voladoras que salen del mar á la tierra, venenosas para los hombres, contra las cuales se usa la ceniza de palmera quemada, propia del país, y también la yerba dicha coral que se halla en el álveo del mar Rojo, en el mismo sitio por donde Moisés guió á los israelitas, y que tiene su entrada y salida indicada, en ambas orillas, por dos grandes rocas negras, fijas en la arena.

En dicha ciudad de Hermópolis se conservan la puerta de la Virgen y la fuente donde esta bendita Señora solía lavar sus pañizuelos, cuya agua segun dicen, es apropiada para volver la vista á los ciegos, sanar á los enfermos y limpiar á los leprosos. También en dicho huerto crece el bálsamo; además hay en esta ciudad una Iglesia de capacidad asombrosa dedicada á la Santísima Trinidad y á la Virgen María, antiguo templo de ídolos, los cuales cayeron al pisar la ciudad la Sacra Familia fugitiva de Palestina.

A ocho jornadas del Hermópolis está la plaza de Aura (3); y allí se cruza otra vez el mar Rojo en recta dirección, para llegar tras siete dias de fatigosa marcha al monte Sinaí. En este se conserva el cuerpo de la bienaventurada mártir santa Catalina, á cargo de ciertos canónigos regulares, que llevan una vida devotísima, comiendo solo una vez al dia, siendo en número de trece. ¡Y cosa admirable! otras tantas lámparas arden siempre en la iglesia, sin extinguirse, sin recibir nuevo alimento, y solo temporalmente

(2) Hermópolis la magna, antigua ciudad del Egipto Central, hoy aldea de Achmunein.
(3) Amrah es una ciudad de Arabia, en el Hedjaz, distante veinte y una leguas N. E. de la Meca.

se apagan cuando fallece alguno de los canónigos, hasta la elección del reemplazante. El monasterio se halla poderosamente resguardado por temor de las fieras. Del sepulcro de la Santa brotan cada semana tres gotillas de aceite, si bien antiguamente brotaban mas, y en el propio lugar se conserva la peña que Moisés hirió en el desierto para

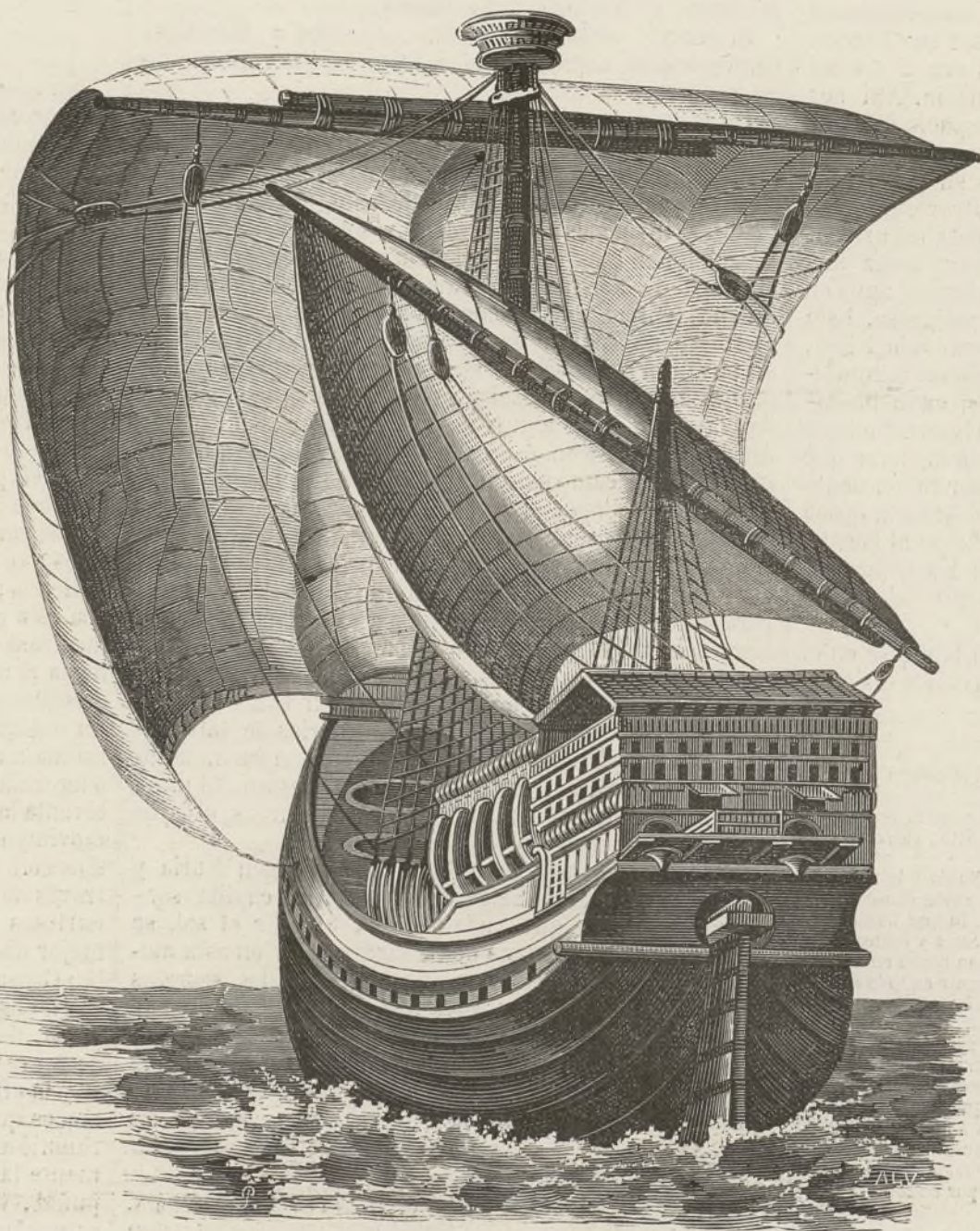
apagar la sed de los israelitas. Suelen acogerse á la inmundidad del monasterio unas avecillas llevando ramas de olivo en el pico, del tamaño de la tórtola, con la cabeza blanca.

A cuatro jornadas de Sinaí, en el campo de Helym, vense aun las piedras del ara que el gran caudillo de

Dios elevó despues de recibir las tablas de la Ley; y allí brotan doce fuentes, que preservan para siempre de cegar al que bebe de ellas. Las fieras no tienen acceso á este campo, que es rico en toda especie de productos, y notable por las setenta palmeras, fruto de las victorias de Moisés, que este caudillo plantó.

No lejos corre el rio Marah, antes muy amargo, pero endulzado por el gran profeta de Israel al golpe de su vara. Actualmente sucede que los animales venenosos lo emponzoñan al ponerse el sol para que los otros no puedan beber; pero no bien apunta el dia, se presenta el unicornio, y metiendo en el agua su privilegiada armadura, la vuelve buena; cosa que yo ví por mis ojos. También ví á una milla mas arriba á cierto ermitaño establecido en el sitio donde san Pablo primer eremita y san Antonio pasaron su vida, el cual aun hoy dia se sustenta del maná del cielo, duerme sobre un duro canto, y anda cubierto de pieles como san Juan (4).

Avanzando por el desierto, hasta unos quince dias allende por la tierra de Hur de los Caldeos, patria de los



EMBARCACION DE JUAN DE HESSE, SEGUN UN GRABADO DE 1490.

(4) El desbarajuste de estos últimos párrafos prueba la poca noticia de su autor y la ligereza con que hilvanaba su relacion. Elim fue ciertamente una estacion de los israelitas en el desierto, despues de la de Marah, pero mucho antes de recibir Moisés las Tablas de la Ley. Véase el texto de la Biblia (Exod. 15, 25, etc.): «Y llegaron á Mara, y no podian beber las aguas de Mara porque eran amargas, y por eso puso Moisés un nombre conveniente al lugar, llamándolo Mará, esto es, amargura. Y murmuró el pueblo diciendo: ¿qué beberemos?... Moisés clamó al Señor, el cual le mostró un madero, y habiéndolo echado en las aguas se endulzaron. Llegaron, pues, á Elim los hijos de Israel, donde habia doce fuentes de agua y setenta palmeras; y se acamparon junto á las aguas. Y partieron de Elim, y vino toda la multitud al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinaí, á los quince dias del mes segundo despues que salieron de la tierra de Egipto.»—Es sabido que los santos Pablo y Antonio cumplieron su vida penitentes en los desiertos de la Tebaida.

judíos rojos (5), llegamos á orillas del río Nilo, y al día siguiente, por el curso del mismo, á la ciudad de Damiat (6). Desde aquí hicimos rumbo por el Océano adentro, echando tres meses para arribar á la Etiopia ó India interior, antiguo teatro de las predicaciones de san Bartolomé, habitado por los etíopes ó negros (7). Mas allá encuéntrase la región de los pigmeos, hombrecillos deformes, de una vara de gruesos, que apenas viven doce años, residiendo, no en casas sino en cuevas ó cavernas, viviendo no de pan, sino de ensaladas y lacticiños á manera de irracionales, y obligados á lidiar casi siempre con las cigüeñas que matan á sus hijos. Avanzando aun por el mar de Etiopia, entre el Lecoreo (mar del Hígado,) (8) y el Arenoso, se llega en cuatro días al país de los monoculares. El mar Lecoreo es de tal propiedad que atrae las naves hacia el fondo, por el hierro que en ellas se contiene, y por ser su lecho, según fama, todo de piedra imán. El Arenoso es una masa flotante de arenas, verdadero mar con flujo y refluo, que cria peces en cuya pesca son muy diestros los monoculares. Otra de las mañas de estos señores es zambullirse en el agua para echar á pique las embarcaciones que osan hacer rumbo por aquel lado. Son los tales muy rapados, vigorosos y regordetes; tienen un solo ojo en medio de la frente que brilla como el carbunclo; trabajan solo de noche, y devoran á los demás hombres.

Remontando todavía hasta mediar la India en la raya del imperio de Brandicano, que es súbdito del Preste Juan, llégase á la gran ciudad de Andrianópolis, convertida á la fe por santo Tomás, habitada ahora por buenos cristianos y muchos religiosos (9). Es ciudad notable, sita á orillas del mar, con grande y frecuentadísimo puerto, elevados edificios, plazas algo angostas para que el sol no moleste á los transeúntes, y sobre el canal que la cruza, procedente de un gran río, tiene mas de quinientos puentes de cantería. Entre los edificios señalase el convento de mínimos, cuya iglesia es toda de alabastro, y sirve de panteón á los cristianos. En la playa álzase una torre de admirable elevación y vistosa, que de noche es observatorio para los astrónomos y literatos dados á la investigación de cosas futuras, y entre día sirve de consistorio á los magnates y primados de la ciudad. Remata en cuatro torrecillas, una á cada ángulo y tiene otra mayor en el centro: todas de rica pedrería y oro, que encierran antorchas y piedras ardientes para dirigir á los marinos. En las afueras de la población admírase el precioso santuario de Santa María, mansión de venerandos santones, y punto concurridísimo de peregrinos que acuden de muy luengas tierras.

Por aquellas inmediaciones, unos salteadores de Brandicano prendiéronnos en ausencia de este y nos tuvieron secuestrados siete semanas en el castillo de Compardit, pero en cuanto el Régulo llegó, nos puso en libertad al averiguar que éramos peregrinos de santo Tomás, por el grande temor que este Santo inspira; y en compensación nos mantuvo doce días, despidiéndonos al fin con un salvo-conducto para atravesar sus tierras.

A la distancia de doce jornadas dimos con la ciudad de Beliab (10), en el confin de la India media. Allí nos embarcamos, y habiendo navegado por espacio de ocho días, ocurriéronnos notar una altísima y penascosa montaña que se alza en el mar, cobijando su parte baja un antro largo de tres millas que debe atravesarse con antorchas encendidas á causa de su completa oscuridad. A la salida tuvimos que descender la nave hasta una profundidad de veinte brazas, por desnivelarse el agua en aquel punto; operación en verdad asaz peligrosa. Esta gruta, llamada *Tenebrosa*, trae una corriente velocísima, arrastrando grandes piedras y produciendo unos zumbidos, retruenos y ecos los mas horribles, cuya procedencia nadie hasta ahora ha logrado averiguar. No lejos de allí, entre dos erguidos altozanos, está la tierra que da la pimienta; producto difícil de coger por razón de las serpientes que infestan aquel terreno. Llegada la época de la recolección, los cosecheros pegan fuego al bosque con objeto de ahuyentar ó dar muerte á los peligrosos reptiles, y entonces pueden acercarse sin recelo á hacer su negocio.

Transcurrido otro mes de navegación fondéase en el puerto de Gadde (11). Allí hay un castillo donde los mer-

caderes suelen pechar el teloneo al Preste Juan, emperador de todas las Indias.

DEL PALACIO DEL PRESTE JUAN EN LA INDIA SUPERIOR, CON SUS SIETE MANSIONES Y SU VARIADA ORNAMENTACION.

A venticuatro días de navegación de Gadde se descubre la ciudad de Edissa (12), corte del Preste Juan y capital de todo su reino. Hállase en la India superior de la tierra habitable: es de planta rectangular y capaz como veinticuatro veces la ciudad de Colonia. La morada del Preste Juan, que campea en el centro de la población, tiene cerca de dos millas alemanas de fondo y tres de frente; novecientas columnas la sustentan agrupadas en forma de otra mayor, de la cual arrancan cuatro desconumales atlantes de piedras ricas y sobredorados, en ademán de sostener con su cabeza inclinada toda la mole del palacio. Vénse también en varias de las columnas figurones de piedras esquisitas y oro. En las galerías que se forman entre los intercolumnios, reúnese habitualmente un gran concurso, por celebrarse allí juicios ordinarios en lo espiritual y en lo temporal, consejos entre magnates y autoridades; mercados al principio de cada mes, concurridos por comerciantes de todos los países, y una gran feria el 1.º de agosto. Merece notarse en el propio sitio un recinto particular que contiene, como vasto museo, las sacras imágenes de antiguos papas y emperadores romanos, y algunas reinas como Cleopatra, Elena etc.

Mil guerreros montan por las noches la guardia del palacio. Una soberbia escalinata de quinientas varas conduce al primer piso, observándose en cada grada dos ó mas leones que están dispuestos, según fama, á devorar al primer hereje que allí fije su atrevida planta. Este piso que abraza todos los bajos del edificio, llámase palacio de los Profetas, los cuales yacen en aquel lugar sepultos debajo de doradas losas y esquisitas piedras; véanse adornadas sus paredes de preciosísimas colgaduras y de candelabros muy elegantes, con bujías que arden sin cesar.

Al piso segundo conduce otra gradería tan alta cuanto la mayor elevación del edificio requiere, y este se llama palacio de los Patriarcas, porque en él se ensalza á Abraham. Contiene varios aposentos y dormitorios preciosamente aderezados, y entre otras cosas un reloj de tal artificio que si por acaso asoma algun prójimo de mal pelaje, da un tremebundo estallido como llamando la atención de los esbirros para que le echen mano; fenómeno que por cierto no alcanzo á explicarme. Dícese existir también en este piso ó morada una famosa biblioteca para el uso de los doctores que en ella se juntan á cultivar sus estudios.

El tercer cuerpo, con su respectiva gradinata, llámase de las SS. Vírgenes y encierra una rica capilla y el refectorio de los legos y familiares.

El cuarto, dicho de los SS. Confesores y Mártires, contiene otra capilla, y el refectorio y dormitorio de los señores.

En el quinto está el Coro de los Apóstoles en una suntuosa iglesia donde se celebran los Oficios divinos en presencia del Preste Juan. Nada mas prodigioso que el rico y preciosísimo refectorio de este, engalanado con vistosas imágenes de pedrería y sobredoradas; pero especialmente es de notar la ancha mesa puesta en el centro de la estancia, formada de una sola piedra esquisita, tenue y ligera como tabla, tan nítida que refleja el rostro de los que se acercan, y de tal virtud que si pusieran encima de ella manjares emponzoñados, les quitaría su parte nociva; y adviértase que si se toca con la mano ó con algun instrumento, lanza chispas de fuego. Admírase en el propio lugar una fuente muy copiosa, y una campana que en su tiempo había mandado labrar el apóstol santo Tomás, á cuyo tañido se desatan los poseídos y se ahuyentan los vestigios y demonios. Esta bendita campana suele tocarse al principio, al medio y al fin de las comidas del Preste Juan, para que en lo necesario produzca en su persona sus efectos saludables. Durante el banquete ocho doctores por turno van leyendo historias divertidas y curiosas. La vajilla y las vasijas del servicio son todas de oro, plata, piedras preciosas y otras materias de tal propiedad, que los manjares nunca se corrompen ni adulteran por mucho tiempo que en ellas esten. El mismo piso encierra el dormitorio de los patriarcas, obispos y demás prelados.

El sexto, titulado Coro de la Sma. Virgen María y de los ángeles, contiene asimismo una capilla sorprendente en la que cada mañana al salir el sol, se celebra el oficio solemne de la Virgen. Hay en esta morada, una aula particular para los consejos secretos del Preste Juan y sus doctores, componiendo un recinto circular y abovedado á manera de cielo, donde campean preciosísimas piedras, que por la noche brillan como si fuese día claro. Es de advertir que los pisos quinto y sexto son mayores y mas capaces que los demás.

(12) Por supuesto, fabulosa. Hay una *Edesa* en la Turquía Europea, en Romelia, pero pasaría de castaño oscuro adoptarla por la opulenta capital del Preste Juan. Sindh y el Sindya en el Indostan son los nombres que mas analogía ofrecen con la pretendida Edisa: ¿mas á qué buscar explicaciones donde no caben?

Sigue la gradinata hasta el séptimo y último cuerpo titulado Coro de la Sma. Trinidad, comprensivo de otra magnífica capilla muy superior á las ya descritas, donde se celebra igualmente cada madrugada el oficio de la Trinidad, asistiendo el Preste Juan, que en seguida desciende al piso inmediato á oír el de la Virgen, y pasa despues al coro de los Apóstoles en el cual se canta la Misa mayor. El Preste Juan suele dejar su lecho poco despues de media noche. La capilla de que se trata tiene una bóveda elevadísima, redondeada como cielo estrellado y orbicular á manera de firmamento; el suelo está cubierto de marfil, y el retablo vestido de lo mismo y recamado de pedrería. Guárdase en esta iglesia una campanilla que preserva de sordera el día que se oye, y una faz Verónica que guarece de cegar el día que se mira. Contigua con la iglesia está el dormitorio del Preste Juan, esquisito y tambien redondeado y estrellado como bóveda celeste, presentando el sol, la luna y demás planetas de artificio incomparable. Las curiosidades reunidas en esta cámara son muchas, pero entre todas sobresale un espejo realizado con tres piedras de gran virtud, de las cuales una aguja la vista, la otra el sentido y la tercera la esperiencia; y para utilizar tales dotes, cuatro insignes doctores están allí siempre tomando noticia, según se afirma, de todo lo que en el mundo sucede. Admíranse en el propio recinto los nuevos coros de ángeles en bellas imágenes de oro y pedrería, con los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, incluso los tres santos reyes, vírgenes, y por cima la Magestad divina sentada en su trono, ministrada por los nueve ancianos y los ángeles principales que tienen sus arpas en las manos y entonan el *Gloria in excelsis*, el *Sanctus* y demás himnos. Véase á otro lado tres cruces admirables que el Preste Juan adora sin cesar; dos fuentes, una caliente y otra fría, de distintas virtudes, y por fin un gigante desconumal, poderosamente armado, pronto á aterrar á cualquiera que allí penetrara despues de puesto el sol.

Sobre la mansión séptima descuellan veinte torres de asombrosa magnitud, que cobijan todo el palacio, y abarcan en su recinto otras nueve cámaras ó viviendas practicables unas con otras alrededor. Dejo aun de citar diferentes maravillas de este palacio, que al presente no recuerdo. Toda esta mole asombrosa, se eleva en las márgenes de un río llamado Tygris, procedente del Paraíso, el cual arrastra pajillas de oro. En las afueras de la ciudad, hay doce santuarios que santo Tomás mandó edificar en virtud, á honor de Jesucristo y de su santo apostolado.

(Se continuará.)

J. PUIGGARÍ.

EL GORRO.

Sin saber como ni cuando, por arte de birlibirloque, me encontré hace días en mi mesa una carta abierta, de letra desconocida, sin fecha ni sobre, cuyo contenido es el que á continuación traslado. Dejo al lector que averigue, si le interesa y puede, de quién es la carta, y solo añadiré que al lado de ella hallábase tambien un gorro griego, hendido. Esto aumentó mas mi curiosidad, y empecé á leer la epístola que decia así:

«Muy señor mío: vive en frente de mi casa un jóven de diez y siete á diez y ocho años, hermosa como el sol de primavera. Sus ojos son azules, y su boca encarnada y alegre parece un nido de besos, prontos á volar. Tiene los cabellos rubios, las mejillas sonrosadas, el talle flexible, la mano fina y el pié... yo no sé como tiene el pié; pero apostado doble contra sencillo á que es breve como la órden de un teniente mal humorado.

«Mi corazón es inflamable como una cajilla de fósforos; ve á una mujer y arde; declárala su amor y sigue ardiendo; es corre-pondido y se le acaba el misto. Hecha esta aclaración nadie estrañará que mi vecina me inspire una pasión violenta, ni que desde el amanecer hasta el anochecer estuviese yo asomado detrás de los cristales del balcon de mi casa, haciendo mas señas que un telégrafo en época de revolución. No era menester asiduamente mi vecina, que se vestia, peinaba, aderezaba en un gabinete, con las cortinillas del balcon levantadas; de manera que sorprendia sus menores movimientos y cada vez iba enamorándome mas. Es sin contar el tiempo que pasaba fisingando como yo, á través de los cristales; hasta el punto de que para curiosos debíamos parecer dos ánimas en pena, ó mejor decir, dos figuras góticas pintadas en los vidrios.

«Cansado de mirarla y de ser mirado aventuréme un día á enseñarla un billete, escrito según la moderna escuela, donde, como de costumbre, hacia grandes elogios de mi corazón—no era cosa de que yo hablase mal de ella—y la ofrecia una *fidelidad eterna*; con lo cual creí por menos que asegurada mi conquista. ¡Error! No bien tinguí en mis manos el papel, cuando me volvió á aparecer mente las espaldas, como si la hubiese amenazado con puñal, veneno ó pistola. Quedéme al ver este espectáculo estupefacto y con el aire de un empleado que acaba recibir el oficio de cesantía, sin saber cómo esplicar la conducta de mi vecina, que por una parte no pare-

disgustad
el prólogo
pudor de
ten brusco
tos? ¡Ay
juega co
sorpresas
reduce á
de mi ve
«Era u
que vivia
los favore
el que e
tambien
mado a
vez teni
cabeza c
usted. ¡A
del gorro
«El de
un humo
negro to
muy á m
bres, de
inspiró e
desdicha
teneis ca
compañía
partes, o
palco de
y cuando
la última
para may
chas cons
delegados
entran m
«Apu
afortunad
gorro pue
en conse
sentido e
mado, y
que habia
tua de sal
«¡Un
agudo pu
de la córt
una infini
miento.
á los bale
portales ó
vez de est
cuatro vie
len hallar
verano? C
á la amad
dio de la
aire que e
llevársela
ha horro
esta espe
ni lazo, c
cinos que
al verle: «
por la mis
tos de ida
cual de mi
á su desti
me animó
entré en r
imágenes
estos térm

(5) Ur, Orfa, patria de Abraham. Ignórase aun si estaba en la Siria, en la Caldea ó en la Babilonia.

(6) Damietta, capital de la provincia de su nombre en el Bajo Egipto, está en la embocadura del brazo oriental del Nilo, entre este río y el lago de Menzaleh.

(7) La Etiopia de los antiguos comprende la Nubia y la Abisinia. Aquí se ve la completa ignorancia geográfica del autor de este opusculo, pues para trasladarse de Damietta á Nubia, lo que hubiera logrado en pocas jornadas, cruzando el istmo de Suez y costeano el Egipto por el Mar Rojo, va á buscar el Océano con rodeo considerable, prescindiendo del Mediterráneo que debía seguir en toda su longitud, y lo que es mas en una direccion diametralmente opuesta á la que sigue.

(8) Será un recuerdo adulterado de la Corea, asi como el imperio de Brandicano, que luego se menciona, del imperio Birman? En tal caso, ¿quién concierne esas medidas?

(9) Aquí echamos un vuelo á la Romelia (Turquía de Europa) donde está situada la ciudad de Andrinópolis, en los amenos ribazos del Maritza. A la verdad, la relacion fantástica de nuestro viajero, deja traslucir cierta semejanza con la ciudad aquí mencionada, pero esto ¿qué prueba sino una adulteracion incógrua y por ende la falsedad de este tejido?

(10) Beliab, tal vez Dehli. En el Indostan inglés, presidencia de Bengala, hay una pequeña ciudad llamada Belinda.

(11) Querrá decir el cabo del Gado, en la costa de Ajan (mar de las Indias), á 36 leguas S. S. E. del cabo Guardafuy.

ltimo cuerpo
sivo de otra
critas, don-
el oficio de
e en seguida
la Virgen, y
cual se can-
ejear su lecho
que se trata
como cielo
ento; el suelo
do de lo mis-
esta iglesia
el día que se
ar el día que
ormitorio del
do y estrella-
sol, la luna y
Las curiosi-
s, pero entre
es piedras de
rista, la otra
para utilizar
allí siempre
lo que en el
nto los nue-
o y pedrería,
ártires, con-
rgenes, y por
rono, minis-
es principales
entonan el
mnos. Véase
l Preste Juan
te y otra fri-
nte descom-
errar á cual-
o el sol.
inte torres de
el palacio, y
ras ó vivien-
Dejo aun de
, que al pre-
rosa, se ele-
s, proceden-
En las afue-
santo Tomás
cristo y de su

disgustada de mi amor, y por otra me había enseñado el prólogo de unas solemnes calabazas. ¿Sería el natural pudor de doncella el que la había obligado á rechazar tan bruscamente mis enamoradas ofertas y rendimientos? ¡Ay no! La casualidad, esa diosa burlona que juega con el hombre y los sucesos, esa cazadora de sorpresas que á lo mejor saca un mundo de la nada ó reduce á la nada un mundo, me dió la clave del proceder de mi vecina: amaba y no era yo el objeto de su amor.

«Era un garrido mancebo de agraciado semblante, que vivía en el piso segundo de mi casa, el que obtenía los favores de mi vecina; aquel á quien ella miraba y el que como yo, aunque con mejor fortuna, permanecía también desde por la mañana hasta por la noche asomado al balcón. El día fatal en que le ví por primera vez tenía puesta una bata alforbrada y cubierta la cabeza con un gorro griego; el mismo que le remito á usted. ¡Ay! en aquel amargo trance, me creí mas digno del gorro que mi venturoso rival.

«El descubrimiento que acababa de hacer me puso de un humor áspero y desabrido; empecé á ver de color negro todas las cosas de la vida, lo cual me sucede muy á menudo; á renegar de mi destino, de los hombres, de mi vecina y del gorro. ¡Qué reflexiones me inspiró el malhadado gorro! El es símbolo de todas las desdichas sociales. ¡Evitar siempre los gorros! ¡Si tenéis casa y buena mesa, no os dejéis alucinar por las compañías de gorra; los gorristas os acosarán por todas partes, os comerán, os fumarán, os beberán, os harán palco de teatro, frac ó caballo, lo que mas necesitéis; y cuando á poder de transformaciones hayáis llegado á la última, á la miseria, huirán de vuestro lado; mas para mayor escarnio os dejarán la gorra puesta! Muchas consideraciones podría hacer sobre el gorro y sus delegados; pero las omito, porque en boca cerrada no entran moscas.

«Apurando la materia, llegué á conocer que mi rival

afortunado debía pecar de candoroso, cuando con el gorro puesto se atrevía á enamorar; y de consecuencia en consecuencia deduje que debía también carecer de sentido común, y le tuve lástima, siendo yo el lastimado, y resolví vengarme, no de él sino de la ingrata que había hecho de mí un oso como Dios hizo una estatua de sal de una mujer.

«¡Un oso!! Esta palabra penetró en mi corazón como

agudo puñal. ¿Quién no ha visto rondar por las calles de la corte, de noche y de día, con sol, y con agua, á una infinidad de sombras solitarias como el remordimiento, con el pescuezo estirado á lo grulla, mirando á los balcones, suspirando y confiando sus penas á los portales ó á las esquinas? ¿Y quién no se ha reído alguna vez de estas desventuradas criaturas, que enamoran á cuatro vientos y que yendo á caza de una caricia suelen hallar un pasmo si es invierno ó un tabardillo si es verano? Galanes de balcones que enteran á todos menos á la amada de lo que piden, que pasan la vida en medio de la calle como el arroyo, diciendo ternezas al aire que es el que se lleva sus palabras, y hace bien en llevarse las, pues para otra cosa no sirven. ¿Quién no se ha horrorizado ante la idea de transfigurarse en fiera de esta especie, perseguida y cazada, sino con escopeta ni lazo, con sarcasmos y burlas, acechada por los vecinos que, como á un caballo de copas, dicen siempre al verle: «*Ahi vá*» y despreciado al fin y al cabo hasta por la misma dama, que á la luz de la luna, entre unos de ida y otra de vuelta, le encaja un *te amo*, el cual de miedo de ser devorado no suele casi nunca llegar á su destino? Este terrible pensamiento, como digo, me animó en mis planes de venganza, y resuelto á todo, entré en mi despacho, tomé la pluma, y evocando las imágenes de mi odio, escribí una carta concebida en estos términos:

«Señorita:

Al mirarla en el balcón
siempre de *cuerpo presente*,
un amor vivo y ardiente
inflamó mi corazón.

Atrevíme á hacerla guiños
y señas y cortesías;
hice dos mil *pollerías*
que amor nos convierte en niños.

La pasión que entra de pronto
es ciega y no reflexiona:
yo juzgué que mi persona
no la asustaba y fui un tonto.

Ya he visto en esta ocasión
que no la agradan mis trazas,
y acepto las calabazas
con toda resignación.

No la volveré á enseñar
cartas, ni seré molesto:
me retiro, dejo el puesto
y *pelillos á la mar*.

No vuelvo á implorar socorro:
adore usted en buen hora
al del gorro... ¡yo, señora,
no compito con un gorro!»

Escrita la carta, busqué traza para que llegase á manos de mi vecina, y no hallé otra tan adecuada como la

de sobornar á una vieja que era madrina de mi ingrata y que entonces por haber venido á menos, servíala de aya. Era la tal, quintañona, remilgada y lo suficientemente fea para vieja, que es cuanto hay que decir. Tenía los ojos escondidos en el cogote, como avergonzados de estar en semejante cara; la nariz afilada y larga, tanto que en caso de persecución, su dueño hubiera podido ocultarse detrás de ella, como detrás de un biombo; la habla borracha, que á cada palabra daba un tropiezo; la barba prolongada como pescante de coche y mas arrugado el rostro, que un trapo á medio secar. Llorábanla los ojos, ignoro si de arrepentimiento por lo que habían pecado, ó de debilidad: era en fin la mas horrible criatura que pudo imaginar el diablo. No sé como logró inspirarme confianza la tal estantigua, que hubiera pasado por una bruja en cualquier parte; pero la venganza, como el amor, es ciega y no se para en los medios con tal de conseguir sus fines.

Díla, pues, la carta y un napoleon, y ella por ganarse otro, que rejalgar se la vuelva, en vez de dar el billete á su ahijada, fué y se le entregó al señor del gorro, el cual, como es de suponer, se puso que cogía el cielo con las manos. Yo lo supe porque á la mañana siguiente ví entrar en mi casa á dos caballeros muy serios y muy atentos que venían de parte de mi ofendido rival á proponerme una función de pólvora ó sable. Quise demostrarles la inoportunidad de esta distracción; mas no hubo medio de convencerlos, por lo cual aprehugué con el lance que tan inopinadamente se me entraba por casa, y comisioné á dos amigos para que arreglasen con los dos de mi rival las condiciones del desafío. Resolvióse que este fuese á sable y á primera sangre, cosa que no me disgustó y á la madrugada siguiente me encaminé en un coche con mis padrinos al lugar de la catástrofe.

Ya me esperaba en él mi adversario, tanta era la impaciencia que por matarme tenía. Confieso con ingenuidad que al verle temblé; que un hombre que tan á pecho toma una ofensa hecha á su gorro, bien es para inspirar miedo al corazón mas denodado, cuanto mas al mío. Saludámonos fríamente, y cuando ya estuvieron terminados todos los preparativos, agarró con la diestra mano el sable y con la zurda sacó de una faltriquera el consabido gorro, encasquetándosele sin decir una sola palabra.

—¿Qué hace vd? le preguntó un padrino.

—Quiero que presencie el desagravio el que ha motivado la ofensa.

—Pero... añadí procurando en vano ocultar mi turbación.

—¡En guardia! dijo mi adversario interrumpiéndome.

No hubo mas remedio; atémelo á la cabeza un pañuelo de seda para estar en iguales circunstancias que mi adversario, levanté mi chafarote y comencé la fiesta.

Ninguno de nosotros conocía las armas; pero á pesar de esto, nos acometíamos esforzadamente, y como mi rival tenía la razón, le rompí la cabeza.

¡Figúrese usted cuánto no sería mi asombro al ver partido el gorro, origen de la contienda, y el cráneo de mi adversario! Con el corazón traspasado de pena y la mirada inquieta me alejé de aquel sitio de horror dejando al herido en poder de sus padrinos y del cirujano. ¡Ay! yo me marché de allí abrumado con la idea del crimen que acababa de cometer.

Pasé todo el día en un desasosiego continuo y por la noche tuve fiebre. Veía revolver á mi alrededor millares y millares de gorros que me miraban y se reían y me perseguían y acosaban sin tregua ni descanso. ¡Aquel era un fantástico mundo de gorros! Tapéme la cara con las sábanas, y nada; la visión no se desvanecía, antes aumentaba; mirábala crecer, oía en torno mío las siniestras carcajadas de aquellos monstruos de paño, cada vez mas prolongadas, mas horribles, mas próximas! Quise gritar y sentí que un gorro chorreando sangre me apretaba la garganta; ¡era mi víctima! ¡era mi remordimiento!

La luz del crepúsculo matinal vino á disipar las sombras imágenes que durante la noche me habían atormentado. Salté con el alba de la cama, y llamé á mi criado para que me buscara el traje de casa; vino corriendo y lo primero que me presentó fue... ¡el gorro! ¡Ay! hizo mas: en su afán por servirme se atrevió á ponérmelo en la cabeza, pero yo en agradecimiento le puse la punta del pie en un lugar de su cuerpo de cuyo nombre no quiero acordarme.

—¡Bárbaro! exclamé ¿te han pagado para que me asesines?

—Pero ¿que es esto? ¿señorito? Me preguntó sobresaltado.

—Vete, repuse, y llévate eso.

—¿Cual? ¿el puntapié?

—No, añadí riendo á pesar mío. El gorro.

Ya mas entrado el día, mandé preguntar por el herido, que como he dicho, vivía en el piso segundo de mi casa; pues tenía ansia por saber de él. Mi criado volvió diciéndome que la herida era levísima, tanto que no le había obligado á hacer cama á mi vecino, y yo respiré dando gracias á Dios que quitaba de mis hombros el peso de un crimen sangriento. Para tranquilizar todavía mas mi conciencia, escribí una carta á mi rival, manifestándole mi sentimiento, y ofreciéndole mudarme de casa; pues no quería vivir ni un día mas en parajes que

habían de estar recordándome á cada paso mis triste aventuras ni volver á ver á la fatal niña del balcón.

El herido contestó á mi carta con otra tan atenta como breve, que decía así:

«Muy señor mío: agradeciendo como debo el interés que me demuestra, acepto los ofrecimientos de usted, y aprovecho esta oportunidad para decirle que en todo tiempo puede disponer como guste de mi amistad y de mi gorro. Soy de usted etc.

Con la carta tuvo mi vecino la idea de mandarme como un mensajero de paz, el gorro que acababa de poner á disposición mia.

Cumpliendo mi palabra, me mudé á los pocos días á otra casa, donde vivo sin asomarme á los balcones por temor de tropezar con alguna vecina enamorada, y donde sabe usted que puede contar con el afecto de un infeliz mas castigado por un gorro que por la fortuna.»

Hasta aquí llegaba la carta, la cual sin quitar punto ni coma, antes bien poniéndoselas, he creído conveniente publicar para escarmiento de amantes importunos; aunque hago mal en deducir la moraleja de ella porque me espongo á que sea calificada de *fabula*, cosa que á decir verdad sentiría tanto como puede suponer el piadoso lector.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Se ha descubierto un nuevo procedimiento para la extirpación del *oidium*, el que consiste en una insuflación de polvos de carbon. Este remedio poco costoso y seguro, segun se dice, ha sido sometido ya para su examen á la Academia de ciencias de París.

Ha sido premiado en los Estados-Unidos el inventor de una nueva clase de herraduras. Consiste esta en una ordinaria, cuyos bordes están de tal manera dispuestos, que puede quedar sujeta al casco del caballo. Son de acero, delgados y elásticos y se sujetan por medio de un tornillo, con lo cual se evita el uso de los clavos. Desde luego se comprende la economía grandísima que puede resultar de esta invención, no solo por la facilidad y prontitud de herrar un caballo, sino que cuando este no haya de trabajar se le podrá descalzar sin inconveniente alguno.

La comisión encargada de publicar la colección de monumentos artísticos de España, tiene ya reunidos muchos materiales para una obra que es tan interesante para dar á conocer á los extranjeros las muchas bellezas que poseemos, de cuya existencia ni aun idea tienen.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Empezamos hoy nuestra revista reconociendo un error: no hemos dado hasta ahora especial importancia á la parte teatral; y cuando la farsa es tan común en el mundo, el no hablar de farsas suele equivaler muchas veces á reducirse al silencio. Para enmendarnos daremos hoy ante todo las noticias relativas al arte escénico, en el cual dicen que vamos progresando maravillosamente.

Ha llegado la princesa del teatro trágico, la marquesa Capránica, en una palabra la Ristori, seguida de toda su corte que se compone de unos treinta personajes, y acompañada del Sr. Gaztambide, encargado por la empresa de hacerle los honores del suelo español. Mañana se presentará al público en una de las piezas de su repertorio, la tragedia *Medea*, producción de Corneille arreglada al italiano.

También se encuentra en Madrid Olimpia Priora, que si no es marquesa, dicen sus admiradores que podría ser reina del baile extranjero. Esta notabilidad coreográfica que se presentará en el teatro de Oriente en el baile titulado *El Corsario*, viene precedida de una grande reputación, y así era menester para luchar con los recuerdos que ha dejado otra linda princesa teatral, la Fuoco, cuyos piés y cuyos peinados, trastornaron en tiempos no muy distantes todas las cabezas.

El domingo último comenzaron con la comedia de Lope de Vega, *El mejor Alcalde el Rey*, las representaciones en el teatro de Novedades. Eligióse esta comedia para el estreno del teatro porque se había invitado á la reina á que asistiese á la inauguración, y querían destruirse ciertas prevenciones que se habían tratado de suscitar contra el nuevo coliseo por estar situado en un barrio... es decir, por estar situado en la plazuela de la Cebada. Fieles cronistas, debemos notar que al pasar la reina, así á la ida como á la vuelta, los balcones de la calle de Toledo se ostentaron iluminados y adornados de vistosas colgaduras, mientras en ellos y en la calle hasta el teatro se apiñaba una numerosa concurrencia. El teatro de Novedades se compone de una gran platea de 28 á 30 filas de butacas forradas de terciopelo de Utrecht, con tres órdenes de palcos que tienen por antepecho barandillas de hierro, las cuales permiten á las señoras lucir desde el pié hasta el tocado. Y en efecto, en la primera noche se lucieron muchos piés con no gran contentamiento de sus propietarias. La empresa podría evitar con facilidad este

inconveniente del demasiado lucimiento, cubriendo la parte inferior de cada balconé impidiendo así, que las estrechidades del vestido cometan la indiscreción de asomarse al patio faltando á la misión que les está encomendada. El palco de la reina está colgado de terciopelo con las armas reales bordadas de oro á realce; y es también de terciopelo el telón de embocadura que llama la atención por su riqueza y la profusión de estrellas de oro de que está bordado. El desempeño de la función fue bueno; y si la concurrencia se retiró á las dos de la mañana, no fue por culpa de los actores, sino por la del gas, que al principio se negó obstinadamente á contribuir al lucimiento de la fiesta, hasta que se le pudo convencer de que no había peligro alguno en dejarse ir por los conductos que se le tenían preparados.

El teatro de Oriente, que abrirá sus puertas en breve, además de las habilidades de la Olimpia Priora y de su pareja Merante, bailarín de fuerza que hace prodigios en el ramo de cabriolas y zapatetas en el aire, dicen que nos ofrecerá indefectiblemente las óperas *Aroldo*, del maestro Verdi, *Estrella de San Germano*, escrita últimamente en Viena para el tenor Bettini, y los *Hugonotes*, *capo di opera* de Meyerbeer. En estas producciones se presentarán la Tossi y la Montenegro; y Picoli, notabilidad maquinista, reformará la maquinaria é introducirá en esta parte notables mejoras.

En cuanto á la zarzuela, parece que no formarán parte de la nueva compañía ni la Ramirez, ni Font, ni Becerra, ni Obregon. La Palma trabajará en el Príncipe y también los hermanos Osorios; Romea, Arjona y la Teodora en el Circo. Está pues resuelta la crisis teatral, que por tanto tiempo nos ha tenido en penosa expectativa.

No son estos, sin embargo, los únicos espectáculos que se nos preparan. Sin contar con la esposición de la industria agrícola y con un simulacro militar que algunos periódicos anuncian para fines de este mes y que según ellos se verificará en la dehesa de los Carabancheles, tendremos en la primera quincena del mes siguiente carreras de caballos en el hipódromo de la Casa de Campo. Se anuncian premios y apuestas de consideración para estas carreras que durarán dos días.

Haciendo aquí por hoy punto final en materia de espectáculos, diremos que el gobierno ha publicado la ley de instrucción pública para que empiece á regir desde el próximo curso, y que con este motivo los catedráticos de la Universidad se han apresurado á ofrecer al señor ministro de Fomento una preciosa medalla de oro guarnecida de diamantes. Esta medalla, pieza de mucho gusto, es arreglada al modelo de la que según los reglamentos corresponden usar al ministro como jefe y rector de toda la instrucción pública. Una comisión del claustro pasó el otro día á presentársela al señor Moyano.

Ya se ha publicado por el gobierno el resultado del último censo de población. Según el recuento verificado en 21 de mayo, la España tenía aquel día 15.518,516 habitantes; es decir tres millones y medio mas que los que resultan del censo practicado en 1846. Sin embargo créese que los anteriores datos no son completamente exactos, y según los reunidos en la comisión general de estadística y facilitados por las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, la población de España asciende con leve diferencia á 16.301,851 almas. Tomando, pues, un término medio y números redondos, podemos decir sin temor de equivocarnos demasiado, que la parte española de la Península con las Baleares y Canarias, comprende una población de 16.000.000. En un siglo, por consiguiente, se ha duplicado la población de España, á pesar de las vicisitudes, de las guerras, pestes y desgracias de todo género que nos han afligido en ese tiempo. La provincia que según el último recuento aparece mas poblada es la de Barcelona, que cuenta 713,142 habitantes; á esta sigue la de Valencia, con 605,358; á esta la Coruña con 551,070; Oviedo con 524,288; Madrid con 475,028; Sevilla con 463,409; Málaga con 451,171; Pontevedra, Lugo, Badajoz que varían entre 428,000 y 404,000 siendo las menos pobladas, por comprender menor territorio, las Vascongadas, Logroño, Guadalajara, Huelva, Segovia y Soria.

Ya que hablamos de datos estadísticos, diremos que nos ha llamado la atención el número excesivo de causas criminales incoadas en el mes de julio en la audiencia de esta capital, que comprende los territorios de Madrid, Guadalajara, Avila, Toledo y Segovia. Para una población de 1.300,000 almas, se han formado en solo un mes seiscientas causas criminales, mas de la mitad de ellas por ataques á la propiedad. A los filósofos y á los jurisconsultos toca investigar las causas de este fenómeno.

El príncipe de Orange que ha viajado por nuestras costas en la fragata holandesa *Groningen*, llegó el sábado de improviso á Madrid, y hoy debe asistir al banquete que se le ha preparado en palacio. El príncipe es un joven de diez y siete años, alto, robusto, de fisonomía sim-



TIPOS ESPAÑOLES.—ASTURIANOS.

pática y benévola; vino á Madrid desde Valencia, á donde volverá en breve, según parece, para continuar desde allí sus viajes. También se halla en Madrid, y ha debido ser recibido á estas fechas por la reina, un enviado de un príncipe indio, el Maja-radya (gran rey), de Tipperah. Tipperah, es un distrito de Bengala, con unos setecientos cincuenta mil habitantes, situado á la orilla oriental del Brahmaputra, y protegido por los ingleses. El príncipe indigena Apurva Krishna Behadur, joven todavía, parece que es un gran poeta, y un gran conocedor además de idiomas extranjeros, sobre todo del inglés. Hemos visto una *Historia de la conquista del Indostan por los descendientes de Timur*, escrita por él en su lengua nativa, y traducida tan bien por él al inglés, que demuestra no pequeñas dotes de estilo y de ingenio. Su enviado está encargado de presentar á la reina un ejemplar de las obras del príncipe, el cual dicen que ha remitido igual regalo á los demás reyes de Europa.

El día 8 se inauguró en Roma por Su Santidad, la columna levantada en la plaza de España en obsequio de la Immaculada Concepción de la Virgen. El enviado de España había hecho los preparativos para recibir dignamente en sus salones al padre santo, y á su comitiva de cardenales y prelados. A la altura de los balcones, se había construido un gran palco, al cual salió el papa y bendijo la columna en medio de las aclamaciones de un numeroso y devoto pueblo. Ya en otro número hemos dado el grabado y la descripción minuciosa de este monumento.

Mientras esto sucedía en Roma, se celebraba en un modesto pueblo de Vizcaya, la colocación del busto de Ercilla, en la sala de ayuntamiento. La señorita doña Elisa de Olózaga, natural de Bermeo, regalaba á su villa natal la efigie del gran poeta, que llevada solemnemente por las calles acompañada de un numeroso concurso precedido por el Ayuntamiento, y colocada en su sitio por manos de la joven que hacia el donativo, dió ocasión al padre de esta joven, el célebre orador don Salustiano, á pronunciar uno de sus bellos discursos, recordando las principales vicisitudes de la vida de Ercilla, tan llena de servicios y merecimientos, como escasa de fortuna.

Otra inauguración está preparada para hoy en Alicante, y es la del monumento que la gratitud de aquella provincia eleva á su digno gobernador don Trino Quijano, que en la última invasión del cólera la salvó de innumerables desgracias, infundiendo en los ánimos el valor necesario para hacer frente al azote destructor, y sucumbiendo víctima de su celo.

Durante las grandes calamidades, hay en Segovia la piadosa costumbre de subir á la catedral la imagen de la Virgen, que se venera en la ermita de la Fuemista, edificada al otro lado del río Eresma al pie de unos altos peñascos, memorables entre otras razones, por haber sido mansion de santa Teresa y de san Juan de la Cruz. Después, cuando el peligro ó el mal pasan, se vuelve á bajar la Virgen en procesión á su santuario: pero si la subida puede hacerse sin ceremonia, para la bajada deben asis-

tir las mangas y pendones de todas las parroquias, y en otro tiempo, de todos los gremios en cinco leguas á la redonda. Por eso anteaer, día señalado para la traslación de la imagen, que había sido llevada á la ciudad durante el cólera, se hallaban reunidos en Segovia los representantes del clero de ochenta y cuatro parroquias con sus mangas y pendones, los danzantes de toda la provincia, y un concurso inmenso de los pueblos para acompañar á la procesión, que presidida por las autoridades civiles y eclesiásticas, se efectuó del modo mas solemne. Los festejos y funciones que se han celebrado con este motivo, han dado á la hoy pacífica Segovia, una animación inusitada, que recuerda los días de su grandeza, y de sus agitaciones y turbulencias.

No menor animación mostraban á la fecha de nuestras últimas noticias, los zaragozanos para preparar las fiestas á la Virgen del Pilar. En el Coso se ponían aceras dobles; se iban á iluminar con gas las calles y plazas principales de la ciudad; y con el derribo de la iglesia de San Pedro y de las casas inmediatas, se trataba de dar desahogo á la importante calle de San Gil, para que pudiera pasar holgadamente la procesión por ella.

La muerte del conocido é infortunado poeta don Francisco Cea, ha causado profundo sentimiento á todos los que habían tenido ocasión de admirar sus dotes de ingenio y de inteligencia. Cuando los salones del señor Cruzado Villamil se hallaban cerrados durante la estación calurosa, se abrieron estrordinariamente con este triste motivo hace pocos días, y la juventud literaria acudió á ellos á prestar un homenaje á la memoria de su perdido compañero. No se limitó la reunión á deplorar en fúnebres endechas esta pérdida; sino que en el acto se abrió una suscripción para socorrer á la familia del difunto, y se adoptaron otras disposiciones que llevaban el sello del buen deseo para librar de la miseria á los seres desventurados á quienes esta muerte viene á privar de su natural apoyo. No

cho celebráramos que los esfuerzos generosos de la reunión Cruzada, surtiesen el deseado efecto.

Por la revista, y por todo lo que no lleve firma en este presente número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El hombre es capaz de cometer un grande y espantoso disparate, si se deja llevar del amor al oro.



PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.	PROVINCIAS.
Por números sueltos á . . . 2 rs.	Tres meses 3
Tres meses 11	Seis id. 5
Seis id. 21	Un año 10
Un año 40	En el extranjero un año . . . 12

AVISO.

Los señores suscritores por trimestres, cuyo año concluye en este número, se servirán renovar la suscripción sino quieren sufrir retraso.

Los suscritores por años y que optaron por el pago de las estampas, recibirán con este número la que presenta la *Literatura*.

A los suscritores á la Biblia se les ha remitido el tomo quinto y último, y á los que lo están al Año Cristiano no el quinto y último que contiene las Dominicas.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4. 1857.